

ARCO: Un balance histórico

VICTORIA COMBALÍA

Con más de una década de existencia (ésta ha sido su doceava convocatoria), podemos echar ya una mirada atrás y hacer balance de esta iniciativa que surgió con la recién estrenada democracia en España. Lo primero que hay que mencionar es que ARCO es solamente una feria, nada más. Lo que sucede es que en un país en el que la normalidad cultural cuesta tanta energía y tanto esfuerzo, ARCO supone un logro que sin duda alguna hay que preservar, cuidar e intentar mejorar. Lo que en cualquier país es tan sólo un encuentro entre especialistas, con fines únicamente comerciales, se planteó -y así fue interpretado por la prensa y el público- como una defensa del arte contemporáneo que se nos había negado durante tantísimos años de dictadura franquista. Evidentemente nadie lo explicitó de esta manera, pero el tono mesiánico de las primeras convocatorias -"hay que hacer algo por el arte moderno en España, etc., etc.-revelaba, en el fondo, este significado oculto.

Pero la verdadera normalidad cultural sería no hablar demasiado de ARCO, sino que ARCO simplemente existiese y fuera un acontecimiento importante para especialistas y amateurs en general, entendiéndolo por ello también a un público amplio. Que ARCO se hubiera constituido, en sus primeros años, en un lugar de encuentro de jóvenes que se sentaban en sus escaleras de entrada como en la explanada del Centro Pompidou evidencia, simplemente, la falta de centros de difusión para el arte contemporáneo de que adolece nuestro país. Intentar ver en ARCO una iniciativa cultural es un error, aunque este error procede de su propio planteamiento inicial: una feria que se "adornó", por así decirlo, -en parte por mala conciencia y en parte por una visión "alfabetizadora" subliminal- con actos de índole más o menos cultural: debates, conferencias, mesas redondas, etc.. Recuerdo perfectamente que en las convocatorias de los ochenta se alternaban las conferencias llenas de interés (cabría recordar, aunque yo fuera la responsable de ello, la insuperable y a buen seguro irreplicable conferencia dictada por Leo Steinberg sobre un Autoretrato de Picasso), las propuestas de los comisarios de exposiciones más "en la onda", con mezclas absolutamente heterogéneas de personalidades de primera y doceava fila en una misma mesa. Pero la sed informativa era tal en nuestro país que todo se llenaba, casi siempre, de público. Porque, por otro lado, con una vida universitaria por regla general aferrada al pasado en lo que a la historia del arte se refiere, con escasos foros de participación y de debate sobre temas de arte actual, ARCO se convertía en un lugar sencillamente "para ver qué pasa".

La pretensión de ser un foro, sin embargo, no sólo no es habitual en ninguna otra feria (salvo en los inicios de la FIAC parisiense); sino que además tampoco constituyó, en su momento, un verdadero reflejo de la problemática artística internacional.

En España, la diversidad cultural, de por sí ya muy menguada en los ochenta, se ponía orejeras con la escusa de que reflejaba "lo que se llevaba en el extranjero". Y así, fueran Lucio Amelio, Leo Castelli o Juana de Aizpuru, lo cierto es que en ARCO la presión de ciertas galerías se palpaba mucho más que en las ferias extranjeras. Así lo constataba yo misma en un artículo publicado en El País, en 1983: "Ríos de tinta y reacciones viscerales, en uno y otro sentido, ha provocado la llamada Transvanguardia en ARCO 83. Sin duda, las pasiones no se hubieran desatado de esta manera si no fuera porque Juana de Aizpuru, la directora de ARCO, y tan admirable en muchos aspectos, se ha dejado influir de forma casi excluyente por el crítico Achille Bonito Oliva y el galerista Lucio Amelio". Y señalaba, a continuación, la parcial y mediocre representación de los artistas de la Transvanguardia italiana en ARCO 83.

Porque los ochenta, recordémoslo, fueron unos años de histeria comercial, de improvisación cultural y de dictadura de los marchantes sobre los críticos, los museos y las instituciones. Se consolidó entonces el concepto de industria cultural, que trivializó los contenidos y rentabilizó cualquier mínima iniciativa que pudiera manipular.

Otro de mis recuerdos de ARCO, creo que esta vez en su convocatoria de 1985, fue la pretensión de hacernos "colar" el grafitti art dos o tres años después de su aparición en Nueva York, cuando ya en Manhattan nadie hablaba de ello pero, cómo no,

cuando ciertas galerías pretendían comercializar un ismo más. Y me tocó el incómodo papel -una vez más "sola ante el peligro", como decía un periodista reseñando el evento- de esgrimir estas ideas frente al resto de unos participantes que defendían a capa y espada -sus intereses económicos estaban en juego, que no los míos- la bondad y modernidad del arte del grafitti. Incluso me sorprendió ver en esta tesitura al famoso Sidney Janis, al cual, por otro lado, manifesté mis respetos por lo que siempre será recordado: como el mejor expositor de Mondrian en Nueva York.

En cuanto a la composición de las galerías, ARCO comenzó siendo una feria local que poco a poco se convertía en internacional. En 1984, por ejemplo, no participaba ninguna (¡ninguna!) galería norteamericana, ni galerías representativas de Francia como Yvon Lambert. La participación norteamericana (y seguramente la de otras galerías de prestigio) se consiguió a base de subvencionar su venida, acción en donde el Ministerio de Cultura, directa o indirectamente, tuvo mucho que ver. ARCO y su internacionalización fueron apoyados, por tanto, por el gobierno socialista. Lo cual no es en sí tal vez ni bueno ni malo, pero se ha de dejar constancia (para calibrar su actual "crisis", si de ello puede hablarse) de que su crecimiento no se debió a un fenómeno de normalización "natural", sino a algo totalmente planificado. La dirección de Artes Plásticas de entonces, con Carmen Giménez al frente, opinaba que sin un impulso externo el mercado español seguiría siendo provinciano y estrecho de miras (lo cual, como ha podido verse este año, sigue siendo cierto); un argumento contrario esgrimiría que una institución oficial no puede apadrinar empresas privadas. En todo caso, lo cierto es que la calidad de lo expuesto fue mejorando de año en año, hasta 1992, que yo consideré una convocatoria magnífica para lo que es nuestro país.

En cuanto al contenido de las obras exhibidas, cabría recordar también que ARCO, por esta falta de tradición de coleccionistas, museos, etc., nunca ha mostrado grandes piezas de valor museístico como pueden verse en la feria de Basilea o en la FIAC. También es cierto que lo expuesto en ARCO entre 1988 y 1992, aproximadamente, era mejor que lo visto en la feria de Chicago y ya no digamos en la de Londres.

Otro asunto que fue polémico fue el de la constitución del Comité de Selección de las galerías participantes. El sistema, de periodicidad rotativa y de composición internacional, es, a primera vista, correcto, y se parece al de muchas ferias extranjeras. El argumento -esgrimido durante la polémica a raíz del affaire Antoñito López en el Reina Sofía, en otoño de 1992- de que el realismo no gozaba del mismo favor que otras tendencias nos parece oportunista y exagerado: nosotros hemos podido ver cada año ejemplos de arte realista, y recordamos las obras del propio A. López, de Marsan, de Moreno Meyerhoff, y no precisamente relegados a ningún rincón.

También podía constatarse cómo la participación extranjera, que empezó viniendo con cuatro cosas y pequeñas, fue mejorando notablemente hasta lograr stands espléndidos como suelen ser los de Annely Juda de Londres o la galería Gmurzynska, de Colonia. También ciertas galerías españolas se han arriesgado más, en alguna convocatoria, a traer one-man-shows o arte comercialmente más arriesgado. Y a pesar de no ser más que un supermercado del arte, aún constituye una ocasión para ver una parte de lo que se está haciendo en el conjunto del país.

Esperemos, pues, que ARCO no termine, que se ponga en su lugar sin hacer excesivas concesiones y sin esta ligera prepotencia que lo había caracterizado últimamente. ARCO tiene una misión que cumplir: ser una buena feria de arte contemporáneo, organizada por profesionales para profesionales, y éste debería ser su gran reto. Nada más y nada menos.

Artikulu honen egileak azken hamairu urteotan ARCO arte feria zer izan den kontatzen digu laburki, nola eta zer asmorekin hasi zen ARCO, denboran zehar jasandako aldaketak eta urte hauetan zeintzu joera izan diren nagusitu direnak. Azkenik egileak aitortzen digu zer behar lukeen izan hemendik aurrera ARCOk: arte garaikideko feria on bat, profesionalen profesionalentzat egina, ez gehiago baina ezta gutxiago ere.